

www.elboomeran.com

ROBERTO MERINO

Pista resbaladiza

Selección y edición de Andrés Braithwaite



EDICIONES
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

Una fresa que quema en el bosque.

WILHELM STEKEL

NOTA DEL AUTOR

Estas crónicas forman parte de las cerca de quinientas que he publicado en el diario *Las Últimas Noticias* en los últimos diez años. La selección del editor –orientada a configurar “una especie de autobiografía involuntaria”– ha privilegiado aquellas donde se insinúa cierta intimidad existencial. Crónicas del yo, del encierro, de los deambuleos por la ciudad, de la contemplación, de la memoria, de la melancolía: la imagen del personaje que habla en ellas ha quedado acotada por esos lineamientos psíquicos.

Diría que haber librado la escritura a los influjos del ánimo es el único método que reconozco en la consecución de estos textos. El hecho de escribir sin deliberación, bosquejo ni programa ha asegurado al menos un resultado real. Ha habido ahí un proceso que no se habría dado si me hubiera establecido como un recipiente de opiniones.

Me parece que aun las más antiguas de estas crónicas –que aquí han sido dispuestas según el orden cronológico de su aparición original, y en ocasiones retituladas– pueden leerse como si hubieran sido escritas hoy, a despecho de algunos datos levemente anacrónicos filtrados entrelíneas. Es el caso de los cafés-internet, recintos cuyos servi-

cios utilicé en un período en que anduve sin computador y que probablemente han envejecido en los intersticios de la trama social.

Diez años son una buena figura para cerrar un círculo simbólico, y espero que este libro ayude a ello. Publicar libros es una manera de sacarse de encima ruido mental acumulado y pasar, por fin, a otra cosa.

Julio, 2014

FUERA DEL MUNDO

Cuando uno escucha –asunto que sucede con bastante frecuencia– a personas que exponen sus proyectos de iniciar su retirada del mundo, no puede sino sentir una cierta desazón, una triste incomodidad. No sólo porque sabe de antemano que esos proyectos no se realizarán jamás, sino porque en ellos se revela primordialmente la humana arrogancia. Lo que esas personas intentan decirnos es que el mundo defectuoso no está fabricado a su medida, por lo que no le harán mucho más tiempo el favor de permanecer en él. Y si se da el caso de que uno se reconoce a sí mismo como un tipo que quiere mantenerse a flote, que pretende ajustarse al mundo sin llamar mucho la atención, intenciones como ésta lo dejan inmediatamente por debajo de las circunstancias.

Yo he pensado muchas veces en aislarme, pero creo comprender que esta fantasía se ha dado a causa de una necesidad casi patológica de silencio mental e incluso de extinción. No ha habido, se me ocurre ahora, una recusación moral de mis semejantes en tal actitud, sino, a lo más, el deseo de ponerme a resguardo de sus bocas excesivamente parlantes. Además, no tengo nada que hacer en

el campo, realmente no sabría cómo sembrar una miserable papa, ni cuánto tiempo ésta se demora en adquirir una condición comestible, y tampoco sabría cómo prender el fuego para cocinarla: quiero decir que, para ese momento, me imagino que ya habría regresado a la ciudad y estaría en el Tavelli tomando café de máquina, observando a la gente y enterándome de los últimos tropiezos de los literatos locales.

Otro aspecto nunca dimensionado de la existencia bucólica es el soberano aburrimiento. El mugido de la vaca es hermoso, el canto de la loica armonioso, para no hablar del ruido nocturno de los arroyos (siempre descritos como “caprichosos”) ni del sobrecogedor grito de las bandadas de loros silvestres. Sin embargo, ¿qué hacer en el momento en que uno comience a desesperarse, qué hacer cuando sobrevenga la previsible ansiedad: salir de noche a mirar el firmamento cobijado por una inmensidad desconocida, envuelta a su vez en otra inmensidad y ésta en otra aun más inexorablemente inmensa?

Me da la impresión de que vivir donde a uno simplemente le tocó es la humildad más módica y verosímil que se pueda ostentar. Claudio Bertoni, que pasó veinte años aislado y cayó finalmente en el pánico, me decía alguna vez que no cambiaría a Chile por nada, no porque quisiera sacarle brillo al patriotismo, sino porque a cierta edad uno adquiere una imagen de sí mismo mucho más modesta de la que tenía en su juventud: no espera de la vida mayores trompeteos, ni sucesos extraordinarios, ni aventuras excesivas.

Me ha costado mucho a veces explicar que mi interés por Chile no es anecdótico ni colorístico ni costumbris-

ta, que me atrae naturalmente a causa de que es el lugar del mundo que más conozco y el que tengo más cerca, pero que este apego no es muy distinto del que podría sentir por la Roma de Marcial o por la Inglaterra de Daniel Defoe. De hecho es muy difícil explicar la intuición de que Chile es un lugar del mundo equivalente a cualquier otro y no un destilado infamante de hipocresía, doble estándar, conservadurismo, desigualdad y provincianismo, como se empeñan en comprobar con ira nuestros amigos más ideologizados. Nada de lo que uno quiere o necesita merecería un cambio de país, a no ser que se esté obsesionado con la egiptología o la física nuclear. Pero parece que estoy escribiendo leseras. En realidad da lo mismo, siempre llegamos a esta terrible verdad: en el maldito universo, que flota a la deriva de la eternidad, todo termina por dar fatal y esencialmente lo mismo.